

VIAJE A LOURDES

Por ALEXIS CARREL

(Se conmemora en este año el centenario de las gloriosas apariciones de Nuestra Señora a Bernadette Soubirous. La Revista ha escogido, entre muchas admirables páginas escritas sobre Lourdes, este apasionante relato, fechado en 1903, que marca el primer paso del ilustre autor de la "Incógnita del Hombre" para su conversión al catolicismo y revela también la divina permanencia del milagro en Massabielle, desde 1858 hasta ahora).

La locomotora silbó. En las ventanillas de los vagones, unas mujeres, en cuyo atavío destacaban los manguitos y los delantales blancos, agitaban sus pañuelos. Un anciano sacerdote recorría el convoy a lo largo del andén acompañando hasta su departamento a un aturrido y achacoso campesino.

Era aquél el jefe de la peregrinación. Louis Lerrac le saludó y él, estrechándole la mano efusivamente, le hizo subir a un compartimiento donde se leía: "Dirección".

El tren, después de dar unas sacudidas, inició la marcha. El sacerdote presentó el doctor Lerrac a otro eclesiástico de rostro frío y sonriente; era el vicario general a quien Su Eminencia el cardenal-arzobispo se había dignado delegar para que le representase en la peregrinación. Después cada uno de los viajeros se acomodó en su asiento.

Lerrac puso previamente en sitio seguro las soluciones de cafeína, morfina y éter, como igualmente la jeringa de Pravaz, que constituían todo su botiquín de viaje.

El compartimiento de segunda clase se hallaba ocupado por cuatro personas: el jefe de la expedición, el vicario general, Lerrac y, en el asiento frente a éste, una señora de mediana edad, muy erguida, que vestía una hermosa falda de seda. Los religiosos le hablaban con la deferencia que siempre emplean para con las personas ricas y piadosas. Se llamaba Mme. de R. Sobre ella, y en la redecilla de equipajes, amontonábanse varios sacos de mano de tela bordada. Re-

presentaba la señora unos cuarenta y cinco años de edad; tenía el rostro agradable, sonrosado, un aire importante, y en sus manos gruesas los dedos aparecían hinchados por la presión de las sortijas. Sin duda era la esposa del presidente de alguna Junta de Obra, o de algún miembro influyente de la **Patria francesa**.

El vicario general calzóse sus negros guantes de filadiz y, sacando del maletín un solideo de terciopelo forrado de linda seda morada, se lo puso. Después desplegó el periódico conservador de la localidad y sumióse en su lectura, haciendo de vez en vez partícipes a sus compañeros de departamento de las reflexiones que la lectura le sugería, expuestas con voz lenta y serena.

Frente al vicario, el jefe de la peregrinación, el **abbé B.**, con el rostro sudoroso, lamentábase amargamente de haber tenido que dejar en tierra a dos peregrinos, los cuales, al parecer, no habían tenido tiempo de ocupar los lugares que se les había destinado.

El anciano sacerdote tenía un rostro ascético. A ambos lados de la nariz marcábanse unas profundas arrugas que, descendiendo hasta la boca, parecían arrastrar hacia abajo las comisuras. El mentón destacaba cuadrado y enérgico, bajo una boca sin labios, vulgar, como tallada brutalmente a golpes de hacha. Pero bajo el arco de las cejas, algo levantadas, brillaban sus ojos azules, límpidos, algo vivaces y tan bondadosos como los de un perro, que transfiguraban la reciedumbre del rostro iluminándole con la luz dulce y serena. Esa expresión de completa sencillez no suele verse más que en la mirada de los niños pequeños, o en las de algunos monjes, especialmente en la de algún hermano portero sepultado desde hace años en el interior de un convento. Son ojos de santo. La sola expresión de aquéllos bastaba para transformar y hacer simpática la fisonomía vulgar y casi inexpressiva del sacerdote. Su sotana verdosa aparecía en los hombros y parte de la espalda llena de polvo. Cuando se dirigía al vicario general lo hacía con gran humildad, y tanto él como Mme. de R. le daban el tratamiento de Monseñor.

El tren corría velozmente con dirección al Mediodía. Gruesas nubes blancas deslizábanse en el cielo proyectando una luz alta y dura. Aquel atardecer de mayo era tan abrumador como los días más bochornosos de julio. Una gruesa y sinuosa arteria latía rítmicamente en la sien del **abbé B.**, quien se enjugaba el sudor con un pañuelo a cuadros.

El vicario general cruzó sus manos sobre el pecho y cerró los ojos. Lerrac empezó inmediatamente a clasificar las diferentes observaciones que había podido recoger con referencia a los enfermos antes de ponerse en marcha la peregrinación, y a repasar la documentación de los demás. Estos papeles, que le habían sido confiados por el **abbé B.**, eran especialmente certificados extendidos por los médicos de cabecera; pero la mayor parte le resultaban anodinos, sin significado concreto. No tenían para él utilidad alguna.

Louis Lerrac hacía el viaje para examinar a los enfermos y ver si, como aseguran los relatos que se hacen de Lourdes, producíanse en verdad modificaciones reales en su estado.

“Siempre se ha rehusado sistemáticamente estudiar lo que sucede en Lourdes. ¿Por qué no intentarlo? —se dijo—. Si no se efectúan más que curaciones imaginarias, ¿no será una pérdida de tiempo considerable? Pero si por casualidad existen efectos reales, debidos a la causa que fuere, una vez comprobado el hecho en forma rigurosamente científica, ello podría ofrecer un enorme interés.

“Desde el punta de vista biológico, casi nada sabemos respecto a los fenómenos posibles. Nada, pues, podemos negar en nombre de unas leyes que tan sólo conocemos en forma rudimentaria.

“Cuando se producen hechos extraordinarios, como los que las publicaciones piadosas dicen que ocurren en Lourdes, es muy difícil examinarlos sin prejuicios, lo mismo que se estudia a un enfermo en un hospital o se realiza un experimento de laboratorio.

“Si se descubren supercherías o errores, se está entonces en el deber de denunciarlos. Pero si por azar los hechos resultasen verídicos, tendríase la suerte de haber podido contemplar algo altamente interesante, que podría abrirnos el camino hacia cosas ciertamente muy serias”.

Así, cuando se presentó la oportunidad de ir a Lourdes con una peregrinación de enfermos, Louis Lerrac se apresuró a aprovecharla. Si hubiese sabido lo extraordinariamente difícil que era hacer observaciones sobre aquellos seres y la imposibilidad de estudiarlos antes de la partida, habría sin duda abandonado su propósito. Pero ahora era ya demasiado tarde.

El vicario general se despertó. El tren detuvo su marcha en una pequeña estación. El calor iba en aumento. Las moscas zumbaban.

—Vamos a rezar el primer rosario —dijo el vicario general—. Mme. de R. nos hará el obsequio de llevarlo.

La aludida, turbada por el honor que se le hacía, rehusó; pero como el religioso insistiera amablemente, inició el rezo.

El **abbé B.**, con aire abatido, iba pasando entre sus gruesos dedos de nudosas articulaciones las cuentas de su gran rosario de boj. El doctor Lerrac, descubriéndose, les contempló.

Con un murmullo sucedíanse monótonamente las respuestas a las paces de Mme. de R.; su voz, de lánguido acento, era un tanto chillona. Mirándola detenidamente, podía observarse que por el cuello del vestido le sobresalía una papera. También era ella una enferma que iba a buscar en Lourdes la desaparición de aquel tumor.

El vicario general hundió sus manos dentro de las mangas de la sotana. Tenía un rostro fino, pálido, surcado por mil arrugas, una boca bien trazada de labios inquietos y una cejas prominentes muy negras. Mantenía los párpados bajos, y de cuando en cuando los levantaba. Entonces veíase el negro brillo de sus ojos inteligentes.

—**Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo** —dijo por último Mme. de R.—. **Amén.**

El vicario general informóse después de qué tal era la cantina, del lugar donde podrían cenar y de la categoría de los diferentes hoteles de Lourdes. Daba la impresión de que estaba desempeñando una misión que no era muy de su gusto y que tenía la intención de hacerla lo menos desagradable posible.

El **abbé** B. sentía inquietud por sus enfermos:

—Con ésta son veinticinco las peregrinaciones que conduzco a Lourdes —dijo—, y la Virgen Santísima nos ha concedido siempre grandes favores. De trescientos enfermos, cincuenta o sesenta pueden considerarse al regreso totalmente curados o al menos aliviados.

—¡Los que esperando la curación han sufrido todas las molestias de este largo viaje —repuso Larrac—, deben morir llenos de desesperación y de fatiga al ver fallidas sus esperanzas!

—Usted olvida la fe, mi querido doctor. Los que no sanan regresan consolados, y cuando mueren aún se hallan contentos.

Ambos estaban de pie en el pasillo del vagón. El tren corría a gran velocidad por la orilla derecha del Ródano. Por entre las nubes, el sol dejaba caer pesadamente sus blancos rayos. El río, crecido por las lluvias primaverales, deslizábase rápido, y sus orillas bajas aparecían festoneadas de álamos y sauces. Impulsados por fuerte viento del sur, aquéllos se inclinaban dócilmente, y el follaje de los sauces se volvía mostrando su plateada cara inferior.

Ya estábamos cerca de Point-Saint-Esprit.

En la campiña, cuyo vasto horizonte estaba sumergido en la bruma, se divisaba, en torno a las casas de labor, la muralla de los cipreses, formando manchas severas y negras, entre los claros colores de mayo. La ardiente vida de la naturaleza estallaba por todas partes. Los desgraciados a quienes aquel tren transportaba por los campos aferrábanse a la vida inconscientemente en un último esfuerzo.

A las seis de la mañana, y para escapar a la atmósfera asfixiante del compartimiento, donde sonaban inacabables los monótonos rezos del rosario, Lerrac salió al pasillo. Cuatro seminaristas y una joven de pálidas mejillas reían y entonaban diversos cánticos en el último departamento; en otro de primera iba una familia de burgueses de Lyon rodeada de grandes maletines de cuero amarillo; el de al lado lo ocupaba sola una religiosa de aspecto extático; en cambio, en el próximo se hacinaba toda una familia con un niño ciego y un obeso eclesiástico, el **abbé** P., ex-capellán castrense que en cierto modo era el segundo jefe de la peregrinación. Al menos parecía comprender muy bien cuánto debían sufrir los pobres enfermos en aquel desventajado tren, y ello le inquietaba.

—Tengo dos enfermos que sufren mucho; ¿no podría ponerles usted una inyección de morfina? —preguntó a Lerrac.

Como los vagones en que se aglomeraban los enfermos no tenían pasillos, apeáronse juntos en la estación siguiente, y subieron a un coche de tercera.

Allí vieron a una muchacha que estaba gravemente enferma desde hacía más de ocho meses. Se llamaba Marie Ferrand. Unos días antes el cirujano del hospital de San José se había negado a operarla porque su estado general era demasiado grave, pero la joven obstinóse en ir a Lourdes.

El **abbé** P. dijo a Lerrac:

—Me la han recomendado con especial interés, y le agradeceré mucho que se ocupe de ella. —Y añadió: —Se encuentra tan débil que temo lo peor.

La portezuela estaba abierta, y un colchón extendido transversalmente sobre los asientos impedía la entrada por ella; sobre él aparecía echada la joven con el rostro exangüe, crispado, y los labios amoratados.

—Sufro mucho —murmuró—, pero estoy contenta por haber venido. Las hermanas querían impedírmelo.

—Volveré a verla esta noche —díjole Lerrac—. Su enfermera vendrá a buscarme y le pondremos una inyección de morfina. —Cuando se alejaron, confesó al **abbé B.**: —No tiene buen aspecto su enferma. Si uno de ellos muere en el viaje, ¿qué hacen ustedes con él?

—Eso ocurre muy contadas veces. Pero si llega el caso se deposita el cadáver en la estación más próxima. Es muy sencillo.

Por una y otra parte se apeaban del tren algunas enfermeras. En las ventanillas veíanse rostros pálidos y demacrados; aquí y allá asomaban caras regocijadas de campesinos como las de los curas de aldea. Varias muchachas iban y venían, vestidas de enfermera, porque la bata blanca y los largos manguitos immaculados son unas prendas que favorecen. En cada vagón iba una enfermera titular e incontables auxiliares. Los aldeanos y las mujeres del campo, de rostros curtidos, mostrábanse atolondrados; otras personas llevaban botellas vacías y pequeños paquetes. La nota dominante en aquel ambiente era una expansiva alegría.

El tren de peregrinos parecía más bien de excursionistas, salvo que no se oían carcajadas ni cuentos verdes. Un cura rural, de rostro atezado surcado de arrugas, que había traído ciento cincuenta montañeses y vivía con ellos, iba de vagón en vagón comiendo un trozo de pan con una rodaja de salchichón y bebiendo a sorbos por el cuello de una botella.

El vicario general atravesó el andén y se dirigió a la cantina. Por humildad, el jefe de la peregrinación se había instalado en un departamento de tercera clase, donde tenía amontonadas cajas, cestas y provisiones con destino a los enfermos durante el viaje.

Hacia las diez, y bajo la luz de la lámpara, tamizada por una cortina azul, el vicario general, tocado con su solideo de terciopelo, preparóse a descansar. Mme. de R. se quedó majestuosamente dormida.

Fuera, la luna brillaba en un cielo despejado y, a lo lejos, veíanse los rizos de las olas que iban alineándose en franjas blancas sobre la arena de la playa. De pronto el tren se detuvo en una pequeña estación. No brillaba luz alguna. A Lerrac le pareció que en el estribo de su coche alguien hablaba.

—Doctor, doctor —dijo una voz de mujer—. Venga pronto. Nosotras no sabemos ya qué hacer.

Lerrac siguió tras la forma blanca de la enfermera, a lo largo de la interminable hilera de vagones, hasta un compartimiento completamente lleno, al cual subieron.

En uno de los extremos, y sobre una tabla colocada transversalmente y cubierta con un delgado colchón, estaba echada la enferma. Era una joven vigorosa que se retorcía presa de atroces dolores. Las personas que la rodeaban parecían aterradas.

—Sufro horriblemente —murmuró con voz desfallecida—. Hace dos horas que estoy así. ¡Denme algo! —Lerrac le aplicó una inyección de morfina, e inmediatamente cesó el dolor. La joven pudo hablar.

—Estoy enferma del corazón —dijo—, y tengo el cuerpo hinchado. He tomado dos huevos duros y creo que me han hecho daño.

La misión de Lerrac había terminado, pero hubo de permanecer allí prisionero hasta llegar a la estación siguiente. El compartimiento lo ocupaban cuatro mujeres, un campesino y un joven que, con gran sorpresa suya, resultó ser uno de sus antiguos compañeros de estudios: A. B.

Hacia las tres de la madrugada, en esa hora de la noche que precede a la aparición del alba, es cuando todos los desgraciados, tanto los enfermos que tiemblan y sufren como los que velan, pasan por el más arduo de los momentos: el de la angustia y el desaliento. Fue entonces cuando la enfermera, que había estado velando durante toda la noche sintióse aterrorizada por un síncope que Marie Ferrand sufría e hizo llamar a Lerrac a toda prisa.

En su colchón, a medio vestir, con el rostro verduoso, estaba echada la muchacha, que ya había vuelto en sí. La lámpara del vagón iluminaba el recinto débilmente. El calor era asfixiante. Por la ventanilla, cuyo cristal habían bajado, entraron algunas bocanadas de aire fresco que acabaron de reanimar a la enferma.

—No podré llegar a Lourdes —dijo, angustiada.

En un tren tan largo como aquél los viajeros han de sufrir el choque de unos contra otros en los frenazos, y fácil es imaginar los sufrimientos que se ven obligados a soportar los enfermos con aquel constante traqueteo.

—En cada parada —explicaba la enfermera— se le crispa el rostro y parece como si fuera a desmayarse... Yo no sabía ya qué hacer para aliviarla.

—Vamos a ponerle una inyección de morfina.

La enfermera arremangó la manga sobre el brazo pálido y descarnado. Lerrac hizo subir la solución de morfina en la jeringa de Pravaz. A falta de lamparilla de alcohol, pasó la aguja por la llama de una cerilla y después la hundió en la piel blanca, en donde el humo dejó una diminuta mancha negra.

—Dentro de cinco minutos ya no sufrirá. Entre tanto, veámosle el vientre y le aplicaremos un poco de láudano.

Las manos ágiles de la enfermera pusieron al descubierto el vientre hinchado de Marie Ferrand. La piel aparecía brillante y tersa hasta el nacimiento de las costillas, las cuales se marcaban bajo la piel. El abdomen parecía distendido por materias sólidas, y una bolsa de líquido ocupaba la región del ombligo. Presentaba el aspecto típico de la peritonitis tuberculosa. Lerrac aplicó el dorso de sus dedos índice y medio sobre el vientre de la paciente. La temperatura era inferior a la normal. Las piernas estaban hinchadas. El corazón latía aceleradamente, y la respiración también era algo rápida.

—¿Viven todavía sus padres? —le preguntó.

—No, señor; murieron hace años.

—¿De qué enfermedades?

—Mi padre escupía sangre, y mi madre murió de una bronquitis después de haber estado enferma mucho tiempo.

La hermana que la llevó hasta el tren había explicado antes a Lerrac que Marie estuvo enferma toda su vida. A los diecisiete años tosía escupiendo sangre, y a los dieciocho tuvo una pleuresía y le extrajeron del costado izquierdo dos litros y medio de líquido. Después continuó estando enferma, aunque de menos gravedad. Cuando ingresó en el hospital de N., comenzó a hinchársele el vientre, tuvo fiebre y el médico diagnosticó que padecía peritonitis tuberculosa. Al cabo de algunos meses la envió al hospital de San José para que la operasen; pero el cirujano jefe, opinando que el estado general de la enferma era muy grave, no quiso llevar a cabo la intervención. Comunicóse entonces a su familia que la enferma era incurable, y fue trasladada de nuevo al hospital de N. Allí insistió tanto para que la llevasen a Lourdes, que acabaron accediendo.

Todos estos informes estaban totalmente de acuerdo con lo que el médico podía observar en ella. Examinando el vientre, Lerrac pensó que allí, debajo del ombligo, era posible practicar una incisión de varios centímetros, previa anestesia con cocaína. “Si regresa de Lourdes —dijo para sí— se lo propondré”. Por el momento, la morfina bastaba.

—Me siento mejor —murmuró la joven.

Como Lerrac había de esperar la estación siguiente para poder regresar a su compartimiento, sentóse en el banco.

Iba a amanecer. El cielo, límpido y puro, tenía aún los colores fríos y azulados de la noche. Subía de los campos un fresco olor, y una ligera bruma envolvía los contornos imprecisos de las colinas que cerraban el horizonte.

Pero la brisa reconfortante de la mañana no penetraba en aquella caja malsana donde los enfermos respiraban penosamente.

Con la cabeza levantada, Marie Ferrand aspiraba también aquel aire infecto. Sus párpados morados permanecían caídos. Dormía al parecer bajo la influencia de la morfina. Esta la había sosegado, y la enfermera, una joven que cuidaba a los pacientes sin duda impulsada por la fe y que debía de haber pasado por múltiples emociones, la contemplaba ahora tranquilizada. Lerrac sólo había tenido tiempo de observar sus manos vivas, de dedos ágiles, pero enérgicos, con la blanca manga bien ajustada a la muñeca. Iba vestida lo mismo que todas las enfermeras. Su cara llamaba la atención especialmente por los ojos, luminosos, cobijados bajo unas cejas oscuras, en las que a veces parecían brillar unos hilillos de oro. Lerrac la incitó a charlar un rato. ¿Qué iba a buscar ella a Lourdes?

En el otro extremo del vagón iban dos pobres mujeres. Una llevaba a un niño que tenía un tumor blanco en la rodilla, y la otra a una hija idiota, tan alta como ella, la cual, con el cuerpo rígido y la lengua fuera, emitía unos gruñidos como los de un animal.

Deslizándose por la cima de los verdes cerros, los rosados rayos del sol llegaron lentamente a la puerta del vagón, dando en el rostro de la enferma.

Los pájaros empezaron a cantar; de la tierra se elevaba un delicioso olor a heno recién segado; la pureza del aire hacía más límpidos los detalles del paisaje, y en la infinita belleza del nuevo día los horrores de aquel tren lleno de enfermos, que corría cruzando la campiña triunfante, hacíanse aún más visibles. El triste rostro de aquella muchacha que, a la edad en que todo vibra en nuestro ser, no había conocido la vida, ni la conocería jamás, ¿no resultaba más lastimero ante la impasible serenidad de las cosas?

“Y sin embargo — pensaba Lerrac—, ninguno de estos seres se resigna a desaparecer. Cada uno experimenta en sí la necesidad imperiosa de la vida, el deseo irrefrenable de vivir. ¡Felices quienes creen que existe, por encima de nosotros, una inteligencia que dirigiendo el pequeño engranaje de la máquina impedirá que sean triturados por las fuerzas ciegas!”

Eran ya las dos de la tarde y faltaba poco para llegar. Lourdes, la tierra santa, la ciudad del milagro, el término de aquel largo y penoso viaje, aparecería pronto en la belleza radiante de la tarde. Más arriba de las formas redondeadas que marcaban los primeros contrafuertes pirenaicos, veíanse en el cielo algunas nubes gruesas y blancas. El aire cálido permanecía inmóvil. Al final de la línea brillante trazada por los sauces se divisaba el gave o torrente de Lourdes, y mucho más lejos, una delgada aguja erguía, esbelta y pura, entre la ligera bruma. El tren detúvose antes de entrar en la estación. Las ventanillas se llenaron de cabezas pálidas, extáticas, alegres, en un saludo a la tierra elegida donde habrían de desaparecer los males de todos como humo que se lleva el viento.

Un gran anhelo de esperanza surgía de estos deseos, de estas angustias y de este amor.

El vicario general se había puesto en pie. Mme. de R. apretujaba su almohada, metiéndola dentro de un saco de tela bordada. Los burgueses de Lyon apiñábanse en el pasillo, portando sus maletas de cuero amarillo. Todos guardaban silencio, mirando en dirección a la basílica, de la cual cada uno esperaba maravillas.

En uno de los extremos del tren una voz entonó el cántico sagrado:

**Ave maris stella
Dei mater alma...**

La plegaria fue aumentando en intensidad al pasar de un vagón a otro, y pronto surgió de todos los pechos. A pesar de la confusión de voces, distinguíanse perfectamente las agudas de los niños, las gruesas y cascadas de los sacerdotes, y las chillonas de las mujeres.

No era el canto vulgar con que los coros de jovencitas suelen arrullar el culto en las iglesias. No; ésta era la Plegaria del Pobre jadeante de hambre.

De pronto, todos cuantos se encontraban en el mismo vagón que Lerrac rompieron a cantar. El vicario general con su bella voz sostenía las roncas notas del sacerdote tuberculoso y el tono algo fatigado de Mme. de R. En su compartimento, el *abbé* P. también cantaba el **Ave maris stella**, y en el extremo opuesto oíase la voz clara

de la joven de ojos rojizos, que entonaba su parte acompañándola los bajos sonoros de los seminaristas.

La emoción iba en aumento. El tren dió una sacudida y envuelto en aquel cántico de alegría y esperanza hizo lentamente su entrada en la estación de Lourdes.

Era cerca del mediodía. Louis Lerrac salió del comedor del hotel y atravesó el gran vestíbulo, fresco y sombreado.

En el umbral, lleno de sol, detúvose un instante deslumbrado por la intensa luz. Después de encender un cigarrillo bajó hasta la acera.

En la magnificencia del mediodía, el cielo, de un azul radiante, parecía como si vibrase sobre la calle desierta. Las casas proyectaban en la calzada su sombra corta y dura, y del suelo blanco subía una claridad intensa, cegadora, que hiriendo los ojos obligaba casi a cerrarlos.

Pasó una ráfaga de viento tibio empujando ante sí una leve polvareda. Poco a poco Louis Lerrac fue subiendo la calle inundada de sol. Dirigióse a un edificio situado a unos centenares de metros más allá, el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, donde estaban los enfermos que llegaron dos días antes a Lourdes en el tren de la Peregrinación.

Doctor en medicina y anatomista en la Facultad de Lyon, Lerrac se ocupaba especialmente en estas prácticas, como igualmente en ciencias experimentales, interesándose también por ciertas cuestiones relacionadas con la patología. Los relatos referentes a Lourdes habían llamado su atención desde hacía tiempo y supuso que, aparte las extravagancias publicadas por ciertos periódicos católicos y las contenidas en los dos libros de Boissarie, existían sin duda allí fenómenos dignos de ser sometidos a un curioso estudio. Por otra parte, ¿no había visto en aquel lugar cosas sorprendentes un testigo tan poco sospechoso como Zola? Y ese terreno, tan desdeñado por la mayoría de médicos, y que está virgen aún de observaciones metódicas, le tentó.

Unos días antes, el facultativo encargado del servicio médico de las peregrinaciones, con quien tenía alguna relación, le había propuesto que le reemplazara.

Y a pesar de que le repugnaba hacer el viaje mezclado con los peregrinos, marchó llevándose su aparato fotográfico, su caja de colores y un registro para las observaciones. No había otro medio de obtener datos. Perdido entre más de trescientos enfermos, apresuróse a estudiar el mayor número posible de casos a fin de poder darse cuenta de las eventuales modificaciones que pudieran producirse en el estado de los pacientes.

Desgraciadamente, la brevedad del tiempo y otras dificultades de diversa índole no le habían permitido hacer más que un corto número de observaciones. Y ahora se dirigía a completar el examen de algunos casos antes de los baños de la tarde. Pronto encontróse frente a la gran verja que daba entrada al Hospital. Detrás de ella se

extinguía un amplio patio que el sol había transformado en un desierto vibrante de calor. Al fondo, junto al edificio y la capilla, veíanse arriates de verde césped y el follaje obscuro de los setos de boj bien recortados.

En el patio penetraba una doble vía, la cual permitía llevar hasta allí fácilmente a los enfermos desde la estación. En un largo vagón de cortinas blancas y rojas, abandonado sobre los rieles, dormitaba un camillero de Nuestra Señora de Lourdes, con los tirantes de cuero amarillo echados sobre los hombros; la pipa de brezo entre los dientes y la boina inclinada hasta tocar su bigote de reitre.

Otros dos, con aspecto de obreros de círculos católicos, salían del hospital transportando una camilla.

Los distintos servicios de Lourdes los prestan hombres de todas las clases sociales que van anualmente a pasar allí unas semanas y trasladan a los enfermos, los bañan (sólo a los hombres), ejerciendo además vigilancia en la gruta, en las piscinas y en el hospital. Especialmente durante las grandes peregrinaciones realizan una labor verdaderamente impropia, que cumplen con la mayor abnegación. Lerrac encontró entre ellos excelentes personas cuya amabilidad le facilitó el cumplimiento de su misión.

Ante la puerta abierta, S. M. hablaba con el tonillo propio de los campesinos, en medio de un corro de camilleros. Era el jefe de éstos y se trataba de un hombre importante cuya barba blanca abría en abanico sobre su pecho, el cual aparecía cubierto de insignias azules y cruces de plata. Unos magníficos tirantes de cuero daban fe de su altruismo, así como la gran condecoración pontificia que lucía en el ojal. Tocábase con una boina de terciopelo negro y por su ancho y rubicundo rostro le chorreaba el sudor. Excitado, inquieto y lleno de entusiasmo, daba órdenes lo mismo que un general preparando el ataque de su ejército.

Lerrac le saludó y después se dirigió a uno de los camilleros, A. B., su antiguo compañero de estudios, quien le correspondió alegremente.

También A. B. se había puesto el correaje y desde hacía dos días transportaba enfermos de los vagones, los bajaba al andén, los llevaba al hospital, los desnudaba y los sumergía en las piscinas sin la menor repugnancia por los viejos harapos piojentos, las llagas supurantes, los cánceres sanguinolentos y los ingratos hedores de aquellos organismos en descomposición. En París no se habría atrevido a tocar con la punta de su bastón al menos desagradable de aquellos desgraciados.

Y Lerrac admiró una vez más la influencia que sobre los hombres ejerce el ambiente.

—¿A qué hora llevan los enfermos a la piscina?

—Empezamos hacia la una y media.

—Como apenas es mediodía, aún nos queda tiempo. Vamos a dar un paseo, entretanto.

Juntos emprendieron el camino que conducía hacia la ciudad alta, siguiendo la calle desierta y luminosa. Las tiendas de objetos piadosos exhibían sus vistosos escaparates bajo unos toldos de alegres co-

lores. Entre dos casas blancas abríase una callejuela llena de sombra fresca y azulada. Como agazapado abríase allí un sombrío café, frente a un paredón gris.

Seducidos por la tranquilidad del lugar, sentáronse en las sillas de hierro y pidieron café. Después A. B. pidió recado de escribir y empezó una carta para su joven esposa, que había quedado sola en París.

Lerrac, reclinado contra el muro, contemplaba entre tanto cómo el humo de su cigarrillo subía verticalmente en el aire quieto. Fijóse también en los viandantes que pasaban por el espacio de luz blanca que se veía al extremo de la calleja y en la cara coloreada de A. B. bajo el sombrero. En el fondo de sus pensamientos no dejaba de sorprenderle un tanto que su amigo hubiese decidido hacer aquel viaje en tercera clase, acompañado de enfermos repugnantes, y lo que era más aún, someterse a la abnegación que pedía cada momento. Tal vez su esposa, que esperaba el nacimiento de un hijo, le había convencido para que en Lourdes pidiera a la Virgen que hiciera descender su bendición sobre la cabeza del nuevo ser. Sin duda era ésta la razón que le había hecho aceptar aquella dura tarea; porque muy penoso había de resultar para aquel muchacho elegante, que no tenía ni el aspecto ni las aficiones de un sacristán, empujar cochecitos de enfermos por la vía pública, recitando plegarias en voz alta. Pero lo cierto es que creía con sencillez, sin discutir, como un niño.

Y Lerrac pensó en su propia evolución, tan diferente. Educados en el mismo colegio, habían recibido idéntica formación religiosa; pero la vida, con su dureza, les había lanzado hacia caminos opuestos.

Lerrac, absorbido por sus estudios científicos y con el espíritu seducido por la crítica alemana, había ido convenciéndose de que la certidumbre no existía fuera del método positivo. Y destruídas bajo la acción del análisis sus ideas religiosas, éstas le habían abandonado, dejándole el dulce recuerdo de un bello y delicado sueño.

Entonces habíase refugiado en un escepticismo indulgente. Y como los sectarios le inspiraban horror, creía en la bondad de todas las creencias sinceras.

La busca de las esencias y de las causas le parecía empresa vana; sólo le parecía interesante el estudio de los fenómenos. El racionalismo satisfacía por entero a su espíritu; pero en el fondo de su corazón ocultábase un sufrimiento secreto; era la sensación de ahogarse en un círculo demasiado estrecho, la necesidad insatisfecha de una certeza.

¡Cuántas horas de inquietud y de angustia había pasado en sus estudios de filosofía y de exégesis! Después, todo fue calmándose.

Pero ahora, en las recónditas profundidades de su pensamiento, subsistía una vaga esperanza, probablemente inconsciente, de poder alcanzar los hechos que dan la certidumbre, el reposo y el amor.

Despreciaba y le agradaba a la vez tanto el fanatismo de los peregrinos como el de los sacerdotes de cerrada inteligencia, adormecida en su fe beata.

—Para lograr saber muy poco —se decía— he destruído en mí cosas muy bellas. La verdad es siempre mala y triste; soy un des-

graciado —pensaba echando azúcar al café que le acababan de servir. Y preguntó a su amigo A., que estaba pegando un sobre amarillo:

—¿Sabes si esta mañana se ha curado algún enfermo en las piscinas?

—No, nadie; sin embargo, yo he visto un milagro ante la gruta. Paseaba cerca de las piscinas, cuando llegó una monja anciana caminando penosamente con ayuda de una muletas. Tomó un poco de agua en un vaso, hizo ampliamente el signo de la cruz y bebió. De pronto se le iluminó el rostro, arrojó las muletas, echo a correr ágilmente hacia la gruta y cayó de hinojos delante de la Virgen. ¡Estaba curada! Luego me han explicado que a consecuencia de un esguince sufrido hacía seis meses le había sobrevenido una afección incurable en el pie.

Lerrac se puso inmediatamente a hojear su libreta de anotaciones.

—Esta religiosa —preguntó—, ¿no es de las que prestan sus servicios en el Hospital de Lyon? Es de edad avanzada, pequeña, delgada y se llama hermana D.

—Sí, la misma —contestó A.

—Pues bien, su curación es un curioso caso de autosugestión. Precisamente yo había examinado a esta religiosa y, en efecto, padecía un esguince desde hacía varios meses. Cuando llegó a Lourdes lo tenía ya curado y su pie estaba normal. Pero la buena hermana se había figurado poco a poco que nunca más podría andar. Esto la volvió neurasténica y, según ella, sufría grandes dolores en el pie y no le era posible dejar las muletas. Lourdes le parecía la suprema esperanza, la curación asegurada. Ha venido y ha curado; es muy natural.

—Pero, ¿cómo te explicas que Lourdes haya dado este resultado en un caso donde habían fracasado todos los demás tratamientos?

—Porque la peregrinación posee una increíble fuerza de persuasión, infinitamente superior a la de los más altos maestros de la medicina. De una multitud en oración surge una especie de fluido que actúa con una fuerza insospechada sobre el sistema nervioso, pero ello fracasa cuando se trata de afecciones orgánicas. Esta misma mañana he asistido al doloroso espectáculo de una tentativa frustrada de curación de esta especie. Me encontraba en la oficina de comprobaciones médicas, conversando con el doctor Boissarie, cuando entró un caballero que por su aspecto me pareció médico, llevando de la mano a un hermoso niño vestido de azul, como de unos diez años de edad. Efectivamente, era el doctor X., el cual nos explicó que había venido a Lourdes como peregrino y que partía esta misma noche. A nosotros nos sorprendió su aspecto de desesperación, y al advertirlo hizo tenderse al niño y le levantó el pantalón. Encima de la rodilla vimos la piel blanca, azuleada por una retícula de venas. Puse encima mi mano y percibí sobre el hueso una tumefacción dura como de hierro. No tuve necesidad de pedir más explicaciones. Era un osteosarcoma, un cáncer de los huesos, de aspecto inofensivo, pero fatalmente mortal y que incluso operándole matará a aquel niño en el término de un año. “Es mi hijo único —nos decía en voz baja el padre— y este tumor

maligno progresa con una rapidez fulminante. Yo era escéptico; pero, loco de dolor, me volví creyente y practico la religión, porque nada puedo hacer sin este niño. Al llegar a Lourdes he orado y llorado durante tres días. La Virgen ha permanecido impasible. Desesperado, me marché para hacer amputar a mi hijo y verle morir pronto". Y ahogando un sollozo, salió con el niño, el cual ignora su enfermedad. —He aquí cómo las fuerzas de Lourdes se estrellan contra las fuerzas orgánicas— terminó Lerrac.

—Sin embargo —replicó A.—, te aseguro que existen ejemplos de curación en enfermos tan graves como ése. Henri Lasserre explica el caso de un minero de L. que hacía dieciocho años sufría de várices y úlceras en las piernas y cuya curación se efectuó en una noche bajo la influencia de compresas con agua de Lourdes. El señor J. D. presentaba en la pierna una llaga de treinta centímetros. Vino a Lourdes desde Bélgica, se bañó en la piscina y al salir del agua la llaga había desaparecido por completo, mostrando en su lugar una cicatriz rosada. Pierre de Rudder, la Grivotte de Zola y tantos otros, se curaron y no precisamente de afecciones nerviosas. El primero, por no citar más que uno, sufría desde hacía ocho años una fractura no consolidada en una pierna, y sanó en el espacio de cinco minutos.

—Conozco todos los relatos y he leído y meditado las obras de Henri Lasserre, de Didard, de Boissarie y de Zola. Mas, a pesar de ello, no lo creo. Didard y Zola, lo mismo que Lasserre y Boissarie, no llevaron a cabo un trabajo científico. Son, las suyas, obras de vulgarización, de peregrinación o de arte, muy interesantes y muy bien escritas, pero sin valor real alguno. Precisamente la curación de Pierre de Rudder es a todas luces increíble. Se trata de una narración extravagante en la cual se ha suprimido todo cuanto rige las leyes biológicas. Imagínate un hombre que, a consecuencia de haberse caído de un árbol, presentaba una fractura no consolidada de la tibia y a nivel de aquélla una llaga supurante dejaba ver las extremidades óseas. La pierna tenía tal movilidad que le permitía dar media vuelta al pie, dejando el talón delante. Ahora bien, según el relato publicado por Boissarie, este hombre poseía una pequeña sucursal de la gruta de Lourdes en X. Estaba solo con su esposa, y después de haber invocado a la Virgen se levantó y echó a andar completamente curado. Este es el milagro típico, el milagro ante el cual los incrédulos no pueden hacer otra cosa sino inclinarse, como ante la firma de lo sobrenatural, pero ello si fuese verdaderamente auténtico. Ante hechos semejantes se tiene la obligación de permanecer escéptico. Se ha de temer ser engañado o engañarse. Sería preciso que el enfermo pudiese ser examinado por un médico competente, inmediatamente antes de la curación. No olvidemos que un enfermo, como la monja que has visto esta mañana por completo curada, puede no presentar más que algunos síntomas, los cuales desaparecen bajo la influencia de la sugestión. Además, en muchos hombres y en la mayoría de las mujeres, el sistema nervioso aumenta la gravedad de los síntomas de una afección orgánica. Así es cómo una pequeña lesión del ojo puede pasar por un blefarospasmo histérico, por una contracción incurable de los párpados. En el momento que en una peregrinación se alcanza el punto máxi-

mo de exaltación, desaparece la parte puramente nerviosa de la afección. El enfermo siéntese muy mejorado y pronto se cree en el milagro. Un amigo mío me citaba el siguiente caso: durante el transcurso de una gran peregrinación, y al celebrarse la procesión, un enfermo de aspecto caquético, cuyo organismo hallábase destruído por una enfermedad crónica, se levantó, púsose en pie, gritó que estaba sanado y avanzó solo, con rostro cadavérico. La multitud anunció a grandes voces el milagro y en medio de aquel entusiasmo el enfermo permaneció erguido unos instantes y luego se desplomó muerto. Ya ves lo que puede hacer la sugestión intensa y la sobreexcitación nerviosa.

—Pues te aseguro que desaparecen tumores y enfermedades verdaderas. Tú no lo crees porque **a priori** juzgas imposible el milagro. No obstante, Dios puede muy bien modificar las leyes naturales, ya que es El mismo quien las creó.

—Si Dios existe, el milagro es posible. Pero, ¿tiene Dios una existencia objetiva? ¿Existe la Virgen en algún otro lugar, si exceptuamos nuestros cerebros? Y ¿cómo puedo saberlo? Tan difícil me es afirmar **a priori** la posibilidad del milagro como su imposibilidad. Un filósofo positivista jamás planteará una u otra afirmación en estos términos. Sólo dirá lo siguiente: hasta ahora el milagro no ha sido comprobado científicamente. Sé muy bien que la escuela científica, cuyo pontífice es Hernans y a la cual pertenecen desgraciadamente gran número de colegas míos, te contestará: “El milagro es un absurdo y no existe”. El milagro es absurdo, ciertamente. Pero si es posible comprobarlo en condiciones lo bastante concretas que aseguren la certidumbre de no ser engañado, forzoso será admitirlo. Ningún argumento puede sostenerse contra la realidad de un hecho, porque éste tiene una potencia irresistible, la cual ha de confundir en caso necesario a los sistemas científicos, filosóficos y religiosos. Tan pronto como se abandona la observación metódica de los fenómenos se flota en una niebla de error y de incertidumbre.

—Pero, ¿cuáles son las curaciones que, si las comprobaras, te harían admitir el milagro?

—La curación súbita de una enfermedad orgánica. Por ejemplo, una pierna cortada que renaciese, un cáncer que desapareciera, una luxación congénita que sanase de pronto. Creo que si se comprobasen cosas de esta índole estaría permitido, ante el fallo de todo lo que actualmente consideramos leyes, aceptar la influencia de un poder sobrenatural. La cuestión es delicada, porque casi lo ignoramos todo en materia de leyes naturales, y tememos parecernos a los hombres primitivos que, ante el estrépido del trueno rugiendo entre las nubes, se imaginaban oír una manifestación de la cólera divina. Sabido es que durante mucho tiempo se han considerado incurables las parálisis histéricas y las artritis nerviosas, y, sin embargo, pueden desaparecer en un instante. Charcot demostró que ello es muy natural. Cierto es que la manifestación de la tensa voluntad de varios millares de personas desprende un fluido, una fuerza que nosotros mismos sentimos cuando nos encontramos entre la muchedumbre, y esto tal vez tenga una virtud cicatrizante. Mas cuando se trata de una afección puramente orgánica, dicha influencia es a todas luces insuficiente. Si el

caso de Pierre de Rudder fue realmente auténtico, si había sido antes y después bien observado, no veo forma posible de explicarlo. Pero estas cosas sólo pueden creerse cuando se han visto.

—Si llegaras a presenciar la reproducción de una pierna cortada te verías en un aprieto, porque esto trastornaría toda tu tesis.

—Si me fuera dado ver un fenómeno tan interesante y tan nuevo, sacrificaría de buen grado todas las teorías e hipótesis del mundo. Pero no tengo el menor temor. Por otra parte, yo he venido aquí sin otra finalidad que la de trabajar a modo de un buen instrumento registrador. Los enfermos serán visitados por mí antes y después. Y si, por casualidad, se producen modificaciones en su estado, serán comprobadas. Llevo anotadas mis observaciones. Prescindo para ello de mi personalidad y de mis opiniones. Pero te aseguro que si viera tan sólo cómo una llaga se cierra instantáneamente ante mis ojos, me convertiría en un creyente fanático o me volvería loco. Pero esto no me ocurrirá porque sólo he tenido ocasión de estudiar a un pequeño número de enfermos que sufren afecciones orgánicas. Cuatro de ellos por cierto son muy interesantes. Me he ocupado principalmente de las afecciones nerviosas, parálisis, histerias traumáticas, fenómenos en los que con toda seguridad tienen que darse resultados. Una mujer que sufre una grave afección cardíaca, con estado general grave, se ahoga, tiene disnea. Le he dado digitalina. La he examinado, y creo que tiene lesiones cardíacas con complicaciones de fenómenos histéricos, y que curará. Así hay muchos que son susceptibles de sanar o de mejorar.

—¿Qué enfermedad padece aquel joven cuya cabeza parece la de un Cristo y al que esta mañana he llevado a la gruta?

—Una afección espantosa. Un **cáncer del recto y del ano: un tumor muy grande**. El cirujano le hizo un ano artificial por el que realiza sus evacuaciones desde hace varios meses. Después sobrevino la oclusión por el cáncer; con sus masas duras ha llenado el abdomen y la pelvis, comprimiendo los nervios. Este joven morirá dentro de unas semanas entre horribles sufrimientos. ¿Te has fijado en aquel niño de quince años, llamado L. P., que tiene la mejilla hinchada por un tumor del volumen de dos puños? El ojo se le sale, violáceo, fuera de la órbita; y por la boca va expeliendo una masa sanguinolenta e infecta. Es un cáncer del maxilar superior, que no tardará también en causarle la muerte. Lo mismo que esa joven llamada Marie Ferrand, para la cual me han llamado quizá diez veces y que se encuentra en un peligro más inminente que los demás. Esta desgraciada sufre una peritonitis tuberculosa en último período. Sus padres murieron del terrible mal; ella ha tenido llagas tuberculosas, cavernas pulmonares, y desde hace unos meses una peritonitis, diagnosticada por un médico y por Bromilloux, el conocido cirujano de Burdeos. Se halla en un estado tan lamentable que me he visto obligado a darle inyecciones de cafeína. Temo que se me quede muerta en las manos. Si ésta curara, sería un milagro verdadero. Entonces creería en todo y me haría fraile.

—No te fíes —contestó A. riéndose—. En Lourdes se hallan trastornadas todas las leyes. Estoy convencido de que esa joven puede curarse, lo mismo que los cancerosos y aquel extraordinario hom-

brecito que tiene una joroba y los dos muslos pegados al pecho. Es un caso muy curioso. Este pequeño ser, que casi cuenta dieciocho años de edad, tiene la talla de un niño. Sufre mal de Pott y se le han contraído los muslos de tal manera que le han quedado replegados sobre el vientre. He visto muchos individuos atacados por el mal de Pott, pero jamás vi un resultado semejante ni lesiones tan acentuadas. Y el pobre monstruo es inteligente. Está plenamente convencido de que la Virgen le curará. ¡La serena confianza de estos desgraciados seres es verdaderamente asombrosa! Todos esperan la curación, y, a pesar de las fatigas de tan interminable viaje, se muestran alegres y tranquilos. Pero es la una, y debemos regresar.

—A las dos y media tengo que examinar a Marie Ferrand, esa joven enferma de peritonitis tuberculosa de quien te hablé, cuyo estado sigue agravándose. Si regresa viva, será ya un pequeño milagro. Ven a verla conmigo.

Levantáronse y ambos se dirigieron al hospital de Nuestra Señora de los Dolores.

La sala de la Inmaculada Concepción había sido reservada para las peregrinas enfermas de mayor gravedad. Era espaciosa, tranquila y sombreada, y estaba situada en la planta baja del hospital. Las altas ventanas de pequeños cristales, que se abrían a un claustro, no dejaban pasar al interior, en aquella tarde radiante, más que una luz vaga, gris y fría.

En el aire flotaba un desagradable olor a yodoformo. A lo largo de las paredes encaladas se alineaban una veintena de camas con cobertores pardos. Las enfermas estaban sentadas en sillas o reposando vestidas en sus camas. Esperaban, ya dispuestas, el momento de ir a las piscinas. Lerrac pasó silenciosamente ante ellas. Las funciones de médico son en Lourdes muy sencillas. Nadie espera nada de la ciencia. Se cuenta con la Virgen porque, ¿no está acaso allí para curar a los enfermos, para suprimir el dolor y reducir los tumores? Existe un médico porque los reglamentos lo exigen, pero nunca se le llama, o tan sólo en última instancia, cuando hay que poner alguna inyección de morfina o éter.

Lerrac se acercó a la cama que ocupaba la joven enferma de peritonitis tuberculosa, al lado de la cual se encontraba la superiora del hospital y una muchacha llamada Mlle. d'O., que vestía el uniforme blanco de las enfermeras de la peregrinación. Esta volvió en seguida su hermoso rostro hacia Lerrac, expresando ansiedad, y avanzó hasta él.

—Doctor —le dijo—, le esperábamos impacientes. El estado de nuestra enferma ha empeorado aún más. Ya no sé qué hacer. Casi no habla. Creo que está muy grave.

Lerrac se acercó al lecho y contempló detenidamente a Marie Ferrand. Estaba echada boca arriba, inerte. Su rostro blanco y afilado descansaba sobre la almohada y los brazos esqueléticos en la cintura. La respiración era rápida y penosa.

—¿Cómo vamos? —preguntó Lerrac con voz suave.

Los ojos empañados de la joven, que aparecían rodeados de un círculo violáceo, volviéronse hacia él, y sus labios descoloridos se movieron dejando pasar una respuesta inaudible.

Lerrac le tomó la muñeca y puso el dedo en la arteria radial. El pulso latía acelerado: ciento cincuenta pulsaciones por minuto, con intermitencias. El corazón cedía.

—Tráigame la jeringa de Pravaz —pidió a la enfermera—. Vamos a ponerle una inyección de cafeína en el muslo.

Una vez retiradas las ropas, la enfermera apartó el aro que mantenía sobre el vientre de la enferma una vejiga llena de hielo, y apareció el cuerpo enflaquecido de Marie Ferrand, con las costillas marcadas en la piel y el vientre hinchado. La tumefacción era casi uniforme, pero algo más voluminosa hacia el lado izquierdo. Lerrac aplicó suavemente las manos y las deslizó por la lisa superficie, ejerciendo una ligera presión. El vientre parecía distendido por materias duras, y en el centro, debajo del ombligo, notábase una parte más depresible, llena de líquido. Era la forma clásica de la peritonitis tuberculosa.

Tomó la jeringa de Pravaz que una monja le presentaba, pasó la aguja por la llama del alcohol y la hundió en el delgado muslo. La inyección de cafeína penetró debajo de la piel y el rostro de Marie Ferrand experimentó una brusca contracción.

Lerrac tanteó las piernas, que aparecían hinchadas hasta las rodillas; palpó después la nariz y las manos, que desde aquella mañana se habían enfriado, y examinó muy de cerca las orejas y las uñas, apreciando que éstas se habían recubierto de una ligera coloración olivácea.

Después volvióse hacia A., que permanecía a distancia, un tanto impresionado por aquel espectáculo de enfermedad y sufrimiento.

—Es, como decía, una peritonitis tuberculosa en su último período —comentó—. El líquido ha desaparecido casi por completo y en los flancos se encuentran masas duras. El padre y la madre de esta joven murieron tísicos; ella escupe sangre desde la edad de quince años; a los dieciocho contrajo una pleuresía tuberculosa y le sacaron dos litros y medio de líquido del costado izquierdo; después tuvo cavernas pulmonares, y por último, desde hace ocho meses, sufre esta peritonitis tuberculosa, como es fácil comprobar. Se encuentra en el último período de la caquexia. El corazón late sin orden ni concierto. Observa su delgadez y el color de la cara y de los dedos. Morirá pronto; puede vivir tal vez unos días, pero está sentenciada.

Cuando Lerrac iba a retirarse, Mlle. d'O. le preguntó:

—Doctor, ¿podemos llevar a Marie Ferrand a las piscinas?

Lerrac la miró, sorprendido.

—Y si muere en el camino, ¿qué hará usted?

—Ella me ha dicho que quería que la bañaran. Ha venido de Burdeos para eso.

En aquel momento entró el doctor J., médico de una población vecina de Burdeos, que había acompañado hasta Lourdes a varios de sus enfermos. Lerrac se dirigió en seguida a él y le pidió su opinión sobre la oportunidad de trasladar la enferma a las piscinas.

Levantaron de nuevo las ropas de la cama y separaron el aro y el hielo. J. inclinóse sobre Marie Ferrand, aplicó sus dedos amarillos a las articulaciones nerviosas, la percutió, la auscultó y, al cabo de unos instantes, dijo en voz baja:

—Es la agonía. Puede morir ante la gruta.

—Ya ve usted, señorita —repitió Lerrac—, que sería una imprudencia conducir allí a esta enferma. Pero yo no tengo aquí facultad ni para autorizar ni para prohibir.

—Esta joven —terció la monja— ya no tiene nada que perder. Que muera hoy o dentro de unos días, no tiene gran importancia. Por ello sería cruel negarle la suprema felicidad de ser conducida a la gruta; pero me temo que no pueda llegar hasta allí. Dentro de unos minutos la trasladaremos. . .

—Bien —dijo Lerrac—; yo también iré a las piscinas. Si se produce un síncope, tengan la bondad de llamarme.

Tomó el frasco de éter y la jeringa de Pravaz y, guardándolos en su bolsillo, salió en compañía de J. y A.

—Esta muchacha morirá —repitió J.

—Venga; iremos adonde vaya la enferma —dijo Larrec—. Van a intentar “el imposible prodigio de la resurrección de una muerta”. Tal vez lo presenciemos. Siento curiosidad por ver cómo reacciona la multitud ante Marie Ferrand, especialmente si el milagro llega a consumarse. —Y al oído de A. murmuró: —Si ésta se cura, creeré en ellos.

Más arriba de las monumentales rampas que conducen desde la iglesia inferior a la basílica, enteramente blanca, con su fina aguja, la plaza del Rosario aparecía bañada de luz. Eran las dos aproximadamente. Algunos peregrinos esperaban acodados en los pretilos cerca de la basílica, y ésta, elegante y esbelta, parecía penetrar en el cielo azul, como símbolo de la plegaria elevada desde la tierra. Seguido de J., Lerrac encaminóse hacia las piscinas. Franqueó la elevada calzada, cuya sombra se proyectaba sobre el suelo blanquísimo que bordeaba el **gave**, y sintió el frescor reinante bajo la arboleda. El aire suave traía un hálito perfumado.

Los enfermos no habían llegado aún. Frente al **gave**, en las aguas burbujeantes y frías, veíanse bajo los plátanos los edificios azules de las piscinas. Una barandilla de hierro aislaba un espacio semicircular donde, al abrigo de la muchedumbre, eran depositados las camillas y los cochecitos de los pacientes. A la masa de peregrinos le estaba reservado el espacio comprendido entre dicha barandilla y el **gave**.

Lerrac entró y tomó asiento en un banco, a la puerta de la piscina de mujeres. Una ligera brisa agitaba el follaje sombreado de los plátanos. En el suelo enlosado movíanse lentamente unas manchas de sol. Por debajo de la obscura fronda se percibían las praderas situadas más allá del **gave**, la baja cadena de colinas llenas de casas de labor con sus paredes blancas, y en lo alto el cielo, de un azul vibrante, por el cual nevagaban algunas nubes luminosas.

Lejos, una campanita dejó oír su voz argentina. Una cigarra cantaba.

Aquella visión de apacible frescor, de alegría y reposo, y la deliciosa paz de la hora disipó sus preocupaciones científicas, su constante anhelo de evasión. Y apresuróse a disfrutar del extraño encanto que ofrece esa tierra de Lourdes, donde, bajo una luz de inefable dulzura, se exhiben diariamente todos los horrores humanos.

Pronto, cuando llegara la hora de los baños, aquella adorable belleza de las cosas se trocaría en la fealdad humana, miserable, de las llagas, de los tumores, de todas las monstruosidades expuestas a la luz del día con una esperanza de curación.

Llegó el primer grupo de peregrinos. A., en unión de un caballero que llevaba botines amarillos, empujaban una camilla. En ella iba Marie Ferrand, demacrada, tendida boca arriba, bajo un cobertor pardo, que marcaba una curva a nivel del vientre. Su respiración era rápida y breve. Protegiendo aquel rostro cadavérico, Mlle. d'O. mantenía abierta una sombrilla blanca. Este espectáculo, muy corriente en la sala de un hospital, producía una penosa impresión bajo la cruda luz de la tarde, que hacía resaltar todos los detalles.

Antes de entrar en la piscina, dejaron un momento la camilla en el sueco. La enferma parecía haber perdido el conocimiento. Lerrac le tomó la muñeca. El pulso latía alocado. El rostro tenía color de tierra. Una mosca verdosa se posó en una de las ventanas de su nariz y Mlle. d'O. la ahuyentó con el pañuelo.

Lerrac colocó en el banco, al alcance de su mano, la jeringa de Pravaz y la botella de éter, y esperó.

“¡Qué difícil es —pensó— determinar el porvenir de un enfermo! Es evidente que esta muchacha no tiene salvación. Pero yo no soy capaz de llegar a conocer si morirá dentro de una hora o dentro de tres o cuatro días. Si muriese en la piscina, me gustaría ver la impresión que el hecho produciría en los peregrinos, porque esto me parecería el fracaso del milagro”.

Dieron las dos en el reloj de la basílica. Una gran cantidad de cochecitos empujados por camilleros y escoltados por un enjambre de peregrinos comenzó a llegar.

Una señora de elegante aspecto, con el rostro cubierto por un velo negro muy espeso, sentóse al lado de Lerrac. A través del tejido de crespón se veía algo rojizo, adivinándose un rostro de muerta, en el que un lupus había impreso siniestros ribetes de púrpura. Un joven enlutado, con las manos enfundadas en unos guantes de un gris claro, traía en un cochecito a una cretina, la cual presentaba una gran papera gelatinosa y temblequeante. Después llegó una joven que tenía paralizado todo el lado derecho, y a continuación trajeron a una idiota que gruñía agitando constantemente la cabeza, mientras la lengua, de excesivo grosor, le salía de la boca con la saliva. Sin cesar fueron llegando más cochecitos.

Al principio, Lerrac experimentó cierta emoción ante los sufrimientos y los gritos de los enfermos, pero al encontrarse en medio de tantos desgraciados nació en su interior un sentimiento extraño. El, que estaba lleno de juventud y de vida, pensó en la desesperación de aquellos seres que, jóvenes también, veíanse privados de actividad y

de libertad, que permanecían siempre encerrados en una habitación y que jamás experimentarían el estremecimiento del amor.

Y su pensamiento se concentró en Marie Ferrand, cuya historia conocía; una vida de tuberculosa transcurrida en los hospitales, que, pasando de la pleuresía a la peritonitis tuberculosa, iba a expirar sin haber conocido el encanto de la primavera y del amor. Sin embargo, era menos desgraciada de lo que parecía, porque creía en Cristo y éste era su esperanza y su único pensamiento.

La muerte del creyente se hace infinitamente dulce, ya que ella le acerca a la Virgen y a Cristo. ¡Qué deliciosa imagen! ¡Qué extraordinario debía de ser el encanto de ese Jesús de ademanes reposados que, en el verdor primaveral de las montañas de Judea, se levantó para pronunciar el inefable Sermón de la Montaña, dando consuelo eterno a los que sufren! ¡Cuánto mejor sería creer en El! ¡Y en la Virgen benigna, que nos protege, compadeciéndose de todos los males! ¡Qué dulce imagen!

“¡Ah! ¡Cómo desearía yo, al igual que todos estos desgraciados, creer que no eres tan sólo una fuente exquisita, creada por nuestros cerebros, oh, Virgen María! ¡Cura, pues, a esta joven que ya ha sufrido demasiado! ¡Permítele vivir un poco, para que yo crea!

“Cuando ya no actúa la observación, aparece el hombre, movido al azar por teorías e impulsos. Lo que veo en este momento es muy racional. Si esta joven cura, lo cual me parece imposible, haz que yo pueda creer, encontrándola verdaderamente viva a la salida de las piscinas”.

Seguían llegando enfermos. Al otro lado del recinto veíanse los hombres. Entre ellos, con el ojo estático brillando en su rostro amarillo y enjuto, estaba tendido en una camilla el joven cuya cabeza se parecía a la de Cristo. Aparecía radiante de esperanza. El niño a quien el mal de Pott había encogido los muslos contra el pecho rezaba fervorosamente el rosario, acurrucado en su cochecito. J. D., con su boca torcida hacia arriba por el tumor, murmuraba una plegaria, fijo en el cielo su único ojo sano. Todos los enfermos que vió en la sala del hospital se encontraban allí tendidos en el suelo, y todos parecían tranquilos y felices. S. M. llegó con su boina negra y el rostro chorreante de sudor. Pasó entre los enfermos y rogó al camillero que alineara las camillas. Era en esto el jefe supremo. Un joven sacerdote colocóse dentro del espacio reservado a los enfermos. Iba a dar comienzo a las grandes invocaciones. Más allá de los bancos extendíase hasta el **gave** una ondulante masa de rostros blancos y cabezas descubiertas. Pasó el cochecillo de Marie Ferrand, y Lerrac, presuroso, se acercó a ella. El estado de la joven no había experimentado cambio alguno. Era la misma cara pálida, el mismo cuerpo menudo y el vientre voluminoso. No existía agravación perceptible.

—Sólo le han hecho unas abluciones en el vientre —explicó Mlle. d'O.—; las señoras no han querido bañarla. Ahora la llevaremos a la gruta de Massabielle.

—Yo iré también dentro de unos minutos —contestó Lerrac—; su estado es estacionario. Si se agrava, pueden llamarme.

El sacerdote arrodillóse ante los enfermos y la multitud, elevando al cielo los brazos en cruz. Su cara blanca y redonda, por la que resbalaba el sudor, se hallaba cubierta de pecas. Sólo su ardiente fe y su mirada infantil le salvaban del ridículo. De sus clamores surgía una esperanza tal, que parecía subir directamente hacia la Virgen.

—¡Virgen santa, cura a nuestros enfermos! —exclamó, torciendo su boca llena de inocencia.

—¡Virgen santa, cura a nuestros enfermos! —repitió la muchedumbre, con un grito imponente que retumbó ondulante como el oleaje.

—¡Virgen santa, escúchanos!

—¡Virgen santa, escúchanos!

—¡Jesús, te amamos!

—¡Jesús, te amamos!

Los gritos de la multitud hicieronse cada vez más fuertes. Sobre las cabezas vieronse brazos agitándose. Los enfermos se incorporaron en sus camillas. La tensión iba aumentando gradualmente.

El sacerdote se puso en pie:

—Oremos, hermanos míos, con los brazos en cruz.

Y en la muchedumbre se extendieron cientos de brazos. Una especie de hálito pasó por entre el gentío. Algo intangible, poderoso, irresistible y silencioso a la vez corría a través de la masa, levantando las voluntades, como la tormenta en la montaña.

Lerrac percibió claramente esta poderosa impresión, que, escapando a todo análisis, le ponía un nudo en la garganta y le crispaba los brazos. Sin saber por qué, sintió deseos de llorar. ¡Qué impresión sería la de los enfermos, agravada por su debilidad, si un hombre lleno de salud como Lerrac la experimentaba en aquel grado! Miró ansiosamente a los pacientes, especialmente a los nerviosos, esperando de un momento a otro verles levantarse proclamando jubilosamente su curación. Pero nadie se movió.

Lerrac atravesó las filas de cochecitos por entre la multitud, en dirección a la gruta. Tomó asiento en el parapeto que bordea el **gave**, y contempló la masa de peregrinos. Entre ellos reconoció a un joven interno procedente de Burdeos, llamado M. M., a quien la noche anterior le habían presentado.

—¿Hay curaciones? —le preguntó.

—No. Se han curado algunas histéricas; pero esto no tiene nada de extraordinario, porque también sucede en los hospitales.

—Vanga conmigo y daremos un vistazo a mi enferma —propuso Lerrac—. No es muy interesante, pero su estado me inquieta. Debe de estar en la gruta.

—La he visto hace unos minutos —contestó M.—. Es muy lamentable que hayan permitido su viaje a Lourdes, porque hubieran podido operarla; su viaje a la gruta no parece darle muy buen resultado.

Eran las dos y media poco más o menos. Bajo las rocas de Massabielle la gruta brillaba iluminada por las mil luces de los cirios. Innumerables rosarios y muletas cubrían las paredes y toda la entrada. Y a través de la alta verja de hierro que cerca el recinto, veíase

una imagen de la Virgen, colocada de pie en la concavidad de la peña donde Bernardette viera en un tiempo a la resplandeciente Dama blanca: la Inmaculada Concepción. A los pies de la imagen había un inmenso cuadrilátero con piso de cemento y rodeado de una barandilla. Era el lugar reservado para los enfermos, a los cuales se ponía, de este modo, en el sitio de honor, lo más cerca posible de la gruta.

Unos hospitalarios de Nuestra Señora de la Salud situados en las entradas impedían los empujones y las aglomeraciones, facilitando al mismo tiempo el movimiento de los cochecillos y las camillas. En el extremo del espacio reservado, colocada en primera fila y al pie de la barrera, había una camilla en el suelo. Lerrac vió junto a ella la fina silueta de Mlle. d'O. Lerrac y M. avanzaron entonces hacia la gruta y consiguieron colocarse dentro de los hierros, teniendo de este modo una perspectiva general del grupo de enfermos y peregrinos. Quedaron acodados en la baja barandilla, próximos a Marie Ferrand, quien, tendida inerte en su camilla, respiraba anhelante levantando el pecho, como si estuviera en la agonía. Llegaron algunos peregrinos más. La dama del velo negro entró también y fue a colocarse junto a la camilla, en primera fila. Levantó la gasa, y Lerrac pudo ver entonces su repugnante rostro. Con un grácil movimiento, Mlle d'O. se arrodilló. Tenía un perfil correcto y sus largas pestañas le sombreaban delicadamente el rostro. Se puso a orar con gran fervor pidiendo sin duda el prodigio.

Los numerosos hospitalarios y camilleros se apretujaban.

Poco a poco fueron llegando de uno en uno más cochecitos. El idiota de la boca babeante y la cretina con su papera gelatinosa fueron colocados, formando hilera, p junto a Marie Ferrand. S. M., con el pecho cubierto de insignias y ostentando su condecoración pontificia, irrumpió en el recinto tensos todos sus miembros.

La mirada de Lerrac posóse en Marie Ferrand, y le pareció que su aspecto había cambiado; diríase que los reflejos lívidos de su cara habían desaparecido y que su cutis presentaba menos palidez.

“Estoy alucinado —se dijo a sí mismo—; es un fenómeno psicológico interesante, y tal vez sería necesario tomar nota. —Sacó la estilográfica y anotó en el puño de su camisa la hora exacta: las dos y cuarenta minutos —Sin embargo, hasta hoy nunca había tenido alucinaciones”.

Y, dirigiéndose a M., dijo en voz alta:

—Fíjese en aquella enferma. ¿No le parece que su aspecto ha mejorado?

—La mejoría no es muy apreciable, si realmente existe —contestó M.—. Lo que observo, simplemente, es que no se ha agravado.

Lerrac acercóse a la joven y contó las pulsaciones y la respiración. A los pocos instantes comentó:

—La respiración es más lenta.

—De todas formas, me parece que ahora morirá —replicó M., que, siendo un incrédulo, no podía ver en aquello un hecho extraordinario, un milagro.

Lerrac no le contestó. Evidentemente tenía ante sus ojos una mejoría rápida en el estado general. Algo iba a suceder, y resistióse

a dejarse invadir por la emoción. Apoyado en la barandilla, concentró toda su atención en Marie Ferrand, sin mirar a nadie más. En aquel momento un sacerdote estaba pronunciando un sermón ante la multitud de peregrinos y enfermos. Sonaron cánticos e invocaciones. El rostro de la joven, con los ojos brillantes y extasiados fijos en la gruta, seguía experimentando modificaciones. Se había producido una importante mejoría. Mlle. d'O., inclinada sobre Marie Ferrand, la sostenía.

De pronto, Lerrac se sintió palidecer al ver cómo, en el lugar correspondiente a la cintura de la enferma, el cobertor iba descendiendo poco a poco hasta el nivel del vientre. Estupefacto, llamó la atención de M.

—Sí, en efecto —¿ijo éste—; parece que disminuye. Sin duda es el cobertor.

En la basílica acababan de dar las tres. Algunos minutos después la tumefacción del vientre pareció que había desaparecido por completo.

“Creo que me volveré loco”, pensó Lerrac. Y acercándose a Marie Ferrand, observó su respiración y le miró el cuello. El corazón, aunque muy rápido, latía con regularidad. Algo pasaba, no cabía la menor duda.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó.

—Muy bien; no con muchas fuerzas, pero siento que estoy curada —contestó en voz baja la joven.

Ya no podía dudarse más. El estado de Marie Ferrand mejoraba y ella había cambiado por completo.

Profundamente turbado e incapaz de reflexionar, Lerrac, sin moverse del lugar en que estaba, advirtió a M. y a Mlle. d'O. de lo que ocurría.

Mlle. d'O. aceptó aquel hecho fantástico adoptando una actitud tan poco sorprendida como la de un médico que asiste a la reducción de un hueso; ya estaba habituada.

Lerrac no hablaba ni pensaba. Aquel suceso inesperado estaba tan en contradicción con todas sus previsiones, que le parecía estar soñando.

Mlle. d'O. presentó a Marie Ferrand una taza llena de leche, y la joven la bebió por entero. A los pocos momentos levantó la cabeza, miró en torno suyo, se removió algo y reclinóse sobre un costado, sin dar la menor muestra de dolor.

Lerrac, levantándose, atravesó las apiñadas filas de peregrinos, que prorrumpían en invocaciones, las cuales apenas oía, y se alejó. Eran cerca de las cuatro.

Acababa de suceder lo imposible, lo inesperado, ¡el milagro!

Aquella muchacha, agonizante poco antes, estaba ya casi curada.

Lerrac ignoraba aún el estado real de las lesiones; pero ante sus ojos se había producido, sin lugar a dudas, una mejoría funcional que pronto se convertiría en un “milagro”.

¡Y con qué sencillez! Mlle. d'O. y él fueron los únicos que se enteraron de aquel acontecimiento maravilloso.

Regresó a la plaza del Rosario y se dirigió a la oficina de comprobaciones médicas que se hallaba bajo la arcada de la escalinata monumental, junto al local ocupado por los hospitalarios de Nuestra Señora de la Salud. Nada más llegar, Lerrac vió al doctor Boissarie, director de la clínica de Lourdes, que estaba en pie a la puerta. Después de saludarle le explicó los asombrosos hechos que acababa de presenciar. Boissarie le escuchó sin la menor sorpresa. Era un hombrerito de mediana edad, rechoncho, de ancho rostro imberbe; bajo sus cejas oscuras y prominentes se ocultaban unos ojos empañados, pero, a veces, veíase brotar bruscamente un destello entre los párpados caídos. Lerrac conocía sus libros, y si bien no creía en la excelencia de sus métodos críticos, tenía en muy alta estima su carácter y su inteligencia.

Por otra parte, el doctor Boissarie le había acogido amablemente, proporcionándole cuantos informes le fue posible con inagotable complacencia. Mucho más por convicción que por interés, Boissarie se había constituido en el defensor de Lourdes, y como médico inteligente y de buena fe había descrito en sus conocidas obras las grandes curaciones allí operadas.

Merecía la admiración que debe concederse siempre a toda convicción sincera y a todo sacrificio. Escuchando el relato de Lerrac, quedóse inmóvil, y como éste le hablaba de una simple mejoría funcional sin curación de las lesiones, Boissarie dijo tranquilamente:

—Su enferma está curada, o por lo menos es muy probable que así suceda. Tráigala a la clínica mañana mismo.

—Tan pronto como esté de vuelta en el hospital me apresuraré a ir para ver cómo sigue. ¡Sería fantástico! —exclamó Lerrac.

—Ya le dije ayer que, bajo un influjo que nos parece imposible, se curan los cánceres, los tumores y la tuberculosis —añadió el doctor Boissarie—. Es preciso reconocerlo así. Y en lo que respecta a la peritonitis tuberculosa, no será ésta la primera vez. Aquí tengo observados varios casos, especialmente el del Padre Salvatore, un religioso que vino casi moribundo, enfermo de tuberculosis pulmonar y de peritonitis. Pues bien, curó en cinco minutos. Y el año pasado, por esta misma época, una joven, llamada Mlle. D., también de la peregrinación de Lyón, sanó en pocos momentos de una peritonitis que presentaba caracteres muy graves.

Lerrac regresó a su hotel, prohibiéndose a sí mismo toda investigación antes de conocer exactamente lo que había pasado. Pero, aparte de ello, experimentaba la inmensa felicidad de ver que el objeto de su viaje estaba logrado, pues había tenido la extraordinaria suerte de ver algo.

No podía por menos de pensar: “Esto no puede ser una peritonitis nerviosa; ofrecía síntomas demasiado acusados y absolutamente claros”. A pesar de las observaciones de Boissarie, Lerrac sentía una gran ansiedad por lo que pudiera encontrar. Hacia las siete y media volvió al hospital, ardiendo de curiosidad y angustia. El sol había desaparecido tras las cumbres de las colinas. En la paz del ocaso los enfermos, en sus camillas o en sus cochecitos, subían de regreso al hospital entonando cánticos y el **Ave María**. Algunos iban andando con

el rostro radiante, rodeados de deudos, amigos y desconocidos, empujados por la atracción todopoderosa del milagro.

Eran los privilegiados, los bienaventurados sobre quienes la Virgen misericordiosa había posado un instante su mirada. Los demás, los desgraciados cuyas vísceras estaban retorcidas por el cáncer, volvían también, pero a las salas del hospital para seguir sufriendo; y aún así, su aspecto era el de seres felices. Y es que todavía conservaban la indefectible certidumbre de que Jesús bajaría de su Paraíso para sanarlos.

Lerrac pensó: “¿Se habrá convertido en realidad la hipótesis imposible?”

Abrió la puerta que daba paso a la sala de la Inmaculada Concepción y se dirigió ansioso a la cama que ocupaba Marie Ferrand. Quedóse mudo de asombro. Su transformación era prodigiosa.

La joven, visitando una camisa blanca, se hallaba sentada en la cama. Los ojos brillaban en su rostro, gris y demacrado aún, pero móvil y vibrante, con un color rosado en las mejillas. Las comisuras de sus labios en reposo conservaban todavía un pliegue doloroso, imponente de tantos años de sufrimientos, pero de toda su persona emanaba una tan indefinible sensación de calma que irradiando en torno suyo iluminaba de alegría la triste sala.

—Señor doctor, estoy completamente curada —dijo a Lerrac, que se había colocado junto a ella—. Aunque me siento muy débil, creo que si quisiera podría andar.

Lerrac le tomó la muñeca, y bajo su dedo la arteria radial latía de manera regular y tranquila, a ochenta pulsaciones por minuto. Sin embargo, recordó cómo aquel ritmo se había acelerado en días precedentes; sí, recordaba muy bien aquel pulso intermitente, rápido, casi imposible de contar. También la respiración era normal, y a su impulso el pecho se levantaba lenta y regularmente.

“Pero —decíase Lerrac—, ¿se trata de una curación aparente, de una asombrosa mejoría funcional, de un espilonazo dado al organismo por una intensa autosugestión, o, por el contrario, han desaparecido las lesiones? ¿Es un fenómeno raro, aunque conocido, o un hecho nuevo, algo imposible, pasmoso: el milagro?”

Antes de examinar el vientre de Marie Ferrand y procurar resolver este problema, Lerrac pasó por un momento de angustia y vacilación.

Temblando a la vez de ansia y de temor, apartó de un tirón el cobertor, y miró: la piel aparecía blanca y tersa, y más arriba de los muslos enjutos vió el vientre pequeño, liso y deprimido, como corresponde en una muchacha de veinte años muy enflaquecida. Entonces aplicó sus manos a la pared del abdomen, y la sintió suave y depresible, extraordinariamente delgada.

Los dedos, curiosos, movíanse sin producir el menor dolor, tanteando en todas direcciones el vientre, el costado y la pelvis, en busca de la tumefacción y de las masas duras anteriormente observadas, que ahora habíanse desvanecido como un sueño. Todo había vuelto a la normalidad. Sólo las piernas continuaban hinchadas.

La curación era, pues, completa. Aquella moribunda de rostro cianótico, vientre distendido y corazón agitado habíase convertido, en pocas horas, en una joven casi normal, solamente demacrada y débil.

Lerrac sintió que resbalaban por su frente gruesas gotas de sudor. Parecía haber recibido un fuerte golpe en la cabeza y las arterias le latían impetuosas. Haciendo un esfuerzo, se revistió de una impasibilidad absoluta.

El doctor J. pasó en aquel momento con M.

—Parece curada —dijo Lerrac a este último, que había entrado sin que lo notara y ahora se encontraba frente a él—. Exámínela usted, por favor; yo ya no encuentro nada.

El doctor J. y M. palparon el vientre de la joven mientras Lerrac permanecía detrás, siguiendo con ojos brillantes todos los movimientos de sus colegas.

“Esta joven se encuentra totalmente curada —decíase Lerrac—; ello es indiscutible. Nunca he presenciado nada tan interesante. ¡Qué terrible y deliciosa impresión produce a la vez este espectáculo único de ver cómo la vida vuelve rápidamente a un organismo casi destruído por largos años de enfermedad! Sobre toda discusión existe aquí un hecho positivo: la curación de una joven que estaba gravemente enferma. Es la realización de lo imposible. Tal vez me equivoqué en el diagnóstico; quizá se trataba tan sólo de una peritonitis nerviosa. Sin embargo, no presentaba ningún signo de ello, pues todos los síntomas eran los de la peritonitis tuberculosa. Razonablemente, no es posible hacer otra hipótesis. Sus padres murieron tísicos, y sus hermanos también; ella padeció realmente una pleuresía tuberculosa doble, puesto que su médico le extrajo dos litros de líquido. Sufrió tuberculosis pulmonar y hemoptisis. Después, los médicos y los cirujanos creyeron en una peritonitis tuberculosa, cosa verosímil ya que no se podía hacer otra hipótesis después de haberle examinado el vientre. Si yo no hubiese ido tomando notas de mis observaciones a medida que las hacía, dudaría ahora de la exactitud de mis recuerdos. Es absolutamente cierto que su estado general era extraordinariamente grave. ¡Y se ha curado! ¡Es el milagro, el gran milagro que hace vibrar a las multitudes, atrayéndolas alocadas a Lourdes! Y con justa razón. Sea cual fuere el origen de este hecho sorprendente, su resultado no puede ser más bello y útil. ¡Qué feliz casualidad ver cómo entre tantos enfermos ha sanado la que yo conocía mejor y a la que había observado largamente! Pero heme aquí metido en un caso milagroso. No importa. Cueste lo que cueste, llegaré hasta el fin, como si estuviese haciendo un experimento con un perro. En este lugar no quiero ser más que un instrumento registrador lo más exacto posible. Si realmente existe el milagro, debe admitirse, por tanto, el poder sobrenatural. Todo esto resulta extraordinario; ¿qué clase de fuerza sale del agua de Lourdes? En definitiva: no comprendo nada...”

Y en voz alta preguntó a M., que palpaba detenidamente el vientre de la enferma:

—¿Encuentra usted algo?

—Absolutamente nada; pero deseo auscultarle los pulmones.

M. apoyó el oído en el pecho de Marie Ferrand, mientras el doctor J. contaba las pulsaciones cardíacas y el doctor C., un italiano que después de varios años de calaveradas a través de toda Europa se había convertido al catolicismo, contemplaba interesado a la joven.

Mlle. d'O. estaba también junto a ella. Alteradas por la fatiga sus hermosas facciones, miraba a su enferma con una expresión entre arrobada y temerosa. Varias mujeres que se habían acercado rodeaban la cama. Todos guardaban silencio. Marie Ferrand, auscultada y palpada en todas direcciones, estaba radiante, pareciendo comunicar a los demás su alegría y su silenciosa felicidad. Un ambiente de paz y sereno gozo flotaba en la atmósfera de la sala. Anochecía. La tranquila luz del ocaso penetraba por las altas ventanas abiertas, y en el oro límpido del cielo brillaba la luz verdosa del lucero de la tarde.

Los dos médicos dieron al fin por terminado su examen.

—Está curada —afirmó el doctor J., profundamente conmovido.

—Yo no observo cosa alguna —añadió M.— Su respiración es perfectamente normal. No tiene nada; puede levantarse.

—Es imposible tratar de explicar esta curación por los medios naturales —añadió el doctor J.

—Se trata de un gran milagro —comentó C.— ¿Va a convertirse, señor Lerrac? He rezado mucho por usted.

—Efectivamente: se trata de un milagro —repuso Lerrac en voz baja—, si no me equivoqué al hacer el diagnóstico.

Después se quedó silencioso, sumido en un total trastorno espiritual. Ya no tenía opinión alguna. ¿Qué podría responder cuando le aseguraran que aquella curación era milagrosa? No tenía la menor posibilidad de dar una explicación satisfactoria. ¿Y si realmente era un milagro, mediante el cual la Virgen había querido dar una prueba de su existencia objetiva? ¿Por qué no? Entonces, no le quedaba otra solución que creer en la certeza del hecho. ¿Es realmente un milagro? Hay que esperar uno o dos años.

Pero, ¿qué importan las causas y nuestras estériles discusiones ante la felicidad de aquella joven que, después de arrastrar una existencia lamentable, ha podido al fin revivir, y que verá el sol y amará y, en una palabra, vivirá? Este es verdaderamente el resultado, el suceso milagroso, el feliz acontecimiento.

—¿Y qué hará usted cuando se halle bien penetrada de la posibilidad del milagro y de su curación?

—Iré a ver a las religiosas de San Vicente de Paúl, y, si me aceptan entre ellas, dedicaré mi vida a cuidar enfermos.

Para que nadie advirtiera su emoción, Lerrac abandonó la sala.

Después de examinar a otros pacientes salió del hospital. En medio de la obscuridad, ya profunda, iban llegando a él algunos enfermos rezagados. Un caballero anciano que vestía gabán amarillo pasó empujando el cochecito en el que iba un idiota cuya gelatinosa papera le temblaba sobre el pecho y a! que sin duda habían dejado olvidado en la gruta hasta aquella hora. El joven del rostro devorado

por el cáncer caminaba al lado de un sacerdote. Al igual que Lerrac todos los peregrinos sanos dirigíanse a la plaza del Rosario, donde comenzarían en seguida los ejercicios nocturnos. Al final de la calle de la Gruta la basílica se destacaba rutilante sobre el cielo, iluminada con millares de bombillas eléctricas azules, verdes y rojas, mientras en las dos gigantes rampas que conducen a la puerta principal brillaban hasta la plaza, invadida a su vez por olas de fuego, cientos y cientos de luces. Era como si una inmensa serpiente luminosa extendiera sus anillos por la explanada.

Los cantos discordantes, los **Ave, Ave María** repetidos hasta el infinito se elevaban en la inmensa multitud desde todos los puntos.

Diríase que se trataba de una prodigiosa marcha de antorchas, de una feria gigantesca, en la que los bailes populares hubiesen sido substituídos por coros de hijas de María. El entusiasmo de los fieles iba en aumento. Todos cantaban. Lerrac atravesó por entre la masa y los anillos de la procesión lo más rápidamente que pudo y fue a refugiarse en las cercanías del **gave**, lejos del estribillo de aquellos cánticos obsesionantes y de aquella orgía de luces multicolores.

Mientras atravesaba la multitud de entusiastas y devotos peregrinos ya no le hicieron sonreír su ingenuidad y su quimérica esperanza. Y es que todas sus convicciones se hallaban momentáneamente trastornadas. El absurdo se convertía en realidad: los moribundos curábanse en pocas horas. Aquellas prácticas tenían, pues, un poder y eran útiles. ¡Qué lección de humildad! Lerrac había hecho aquel día el más maravilloso de los descubrimientos. Haber afirmado que un enfermo no curaría, y verle seguidamente restablecerse, ¿no es un suceso desconcertante, y mucho más cuando de antemano se ha estudiado metódicamente el caso?

Había visto tantas peritonitis tuberculosas iguales a aquélla, incluso nerviosas, que le parecía imposible haber podido equivocarse en su diagnóstico. En lugar de traerla a Lourdes, él le habría hecho a Marie Ferrand una laparotomía. Había afirmado que se encontraba moribunda, y ahora no se creía capaz de dar la menor explicación respecto al fenómeno increíble que tenía ante sus ojos.

O había errado burdamente el diagnóstico o se trataba de un milagro. Y se esforzó en convencerse a sí mismo de que él no tenía que ser más que un buen aparato registrador, no correspondiéndole, por tanto, explicar los hechos; pero el pensamiento se le rebelaba, saltando fuera de los estrechos límites en que él había pretendido encerrarlo. Y se agitó impaciente, ansioso de saber qué era aquella cosa maravillosa, extraordinaria y llena de dulzura a la que los creyentes dan el nombre de milagro.

En el sentido grosero de la palabra, Marie Ferrand era ahora una "miraculizada". Una joven que, estando moribunda a mediodía, se encontraba a las siete de la tarde en buen estado de salud, constituía un hecho anormal que justificaba plenamente el entusiasmo de la multitud.

Mas en su pensamiento íntimo, ¿qué debía creer? Turbado, no hacía sino vacilar entre las dos hipótesis: o había cometido un monstruoso error de diagnóstico, confundiendo fenómenos nerviosos con u-

na infección orgánica, o se trataba en verdad de una peritonitis tuberculosa curada realmente. Es decir: o había errado por completo, o ante sus ojos se había producido un milagro. Y en su pensamiento fue aún más lejos: ¿cuál era la causa de aquel milagro?

En estas reflexiones Lerrac había franqueado ya la rampa y se encontraba solo cerca del gave. Entonces vió a A. B. frente a la gruta, y fue a sentarse junto a él en el pretil.

Silenciosos, contemplaron durante largo rato el lugar donde la Virgen se encontraba, que resplandecía en la obscuridad, enviando hasta ellos el rojo fulgor de los millares de cirios que la iluminaban. Oíanse lejos los ecos de los Ave María de la procesión, que estaba terminando, y por encima de las rocas el gave arrastraba sus aguas rumberas.

Varias mujeres, unas sentadas y otras arrodilladas, rezaban silenciosas, y contra la verja de la gruta destacábase en negro la silueta de Mlle. d'O., que de hinojos sobre las losas hallábase absorta en una larga oración. Poco a poco fueron marchándose los peregrinos, y Lerrac y su amigo quedaron totalmente solos ante la gruta desierta. Y en la paz de la noche, ambos guardaron silencio. A. B., rendido por la fatiga, pero abnegado, pensaba en su joven esposa, en el niño que habría de nacer, en el milagro maravilloso que Dios había hecho. En cuanto a Lerrac, contemplaba atentamente la imagen de la Virgen, las muletas que como exvotos llenaban las paredes iluminadas por el resplandor de los cirios, cuya incesante humareda había ennegrecido la roca, y, más abajo, allá en la sombra, la hilera de grifos de latón por los que mana el agua milagrosa. Porque, aparte la exaltación de las multitudes, los cantos, el olor a incienso y la vibración de todas aquellas voluntades en tensión, el agua que corría allí lenta y silenciosa era el único instrumento de curación. Y esto seguía pareciéndole incomprendible.

—¿Estas convencido ahora, filósofo incrédulo? —le preguntó en voz baja A. B.

—¿Qué puedo contestarte? Creer es un acto tan complejo... Todavía no puedo darme perfecta cuenta de lo que hemos visto. Observo fenómenos sin remontarme a las causas. El hecho es éste: una joven, muy enferma, cuyos padres y hermanos murieron tísicos, y que ella misma, desde la edad de quince años, presentó hemoptisis, una pleuresía, un derrame, signos de tuberculosis pulmonar y, por último, síntomas concretos de peritonitis tuberculosa, ha quedado curada en pocos instantes ante mis propios ojos. ¡Esto es algo maravilloso, un milagro!

—Pero el milagro es un hecho sobrenatural, una derogación de las leyes de la naturaleza realizada por Dios. Y es esto lo que ha surgido ante ti.

—Se trata de una hipótesis que tú estimas verosímil, pero que para mí resulta inconcebible y que, desde luego, no tengo el derecho de rechazar a priori. Desde el punto de vista científico, nada sabemos de las causas primeras y, como decía muy bien Claude Bernard, nosotros no debemos buscarlas. Pero siempre es posible un error. Tal vez esta joven padecía realmente una peritonitis nerviosa, que engañó a

los médicos y a los cirujanos, y la cual ha cesado instantáneamente bajo el efecto de una autosugestión.

—Sin embargo, tú estabas convencido de que sufría una afección orgánica e incluso afirmaste que si se curaba te harías fraile.

—¡Ay! Reconozco haber cometido una imprudencia; pero ello indica únicamente mi buena fe, no mi infalibilidad. He podido equivocarme.

—¿Conoces los libros de Lasserre y el de Zola?

—Sí, he leído a Zola, y por los casos de que él habla, entre otros el de Elise Rouquet, creí que en Lourdes se producían hechos extraordinarios. Por ejemplo, los cánceres se curan; pero el caso que acabamos de presenciar es una prueba muy diferente. Enferma de una afección verdaderamente orgánica, esa joven no habría tardado mucho en morir. Su curación resulta maravillosa. Necesitaba esta observación directa, porque, a pesar de todo, uno se siente inclinado a creer en supercherías. Lo que, por lo menos, sería justo hacer saber es que los enfermos se curan en Lourdes de un modo sorprendente, aunque mis colegas se obstinan en el silencio y lo acojan con una grosera indiferencia. Es más, creo que deberían venir unas comisiones para tratar de hacer luz a cualquier precio. Estos fenómenos inexplicables son en verdad terribles y angustiosos. O no existe ya la certidumbre clínica para mí y soy totalmente incapaz de estudiar a un enfermo, o esto es un jar una opinión sería preciso estudiar bien todos los hechos; asegurarse de su efectividad; fotografiar; no dudar de la buena fe, sino de la posibilidad de error de Boissarie y de sus colegas, y establecer reuniones de médicos. Así podrían deducirse conclusiones. En cuanto a mí, no sé qué decir; la sola idea de que el agua natural pueda influir en algo, me repugna.

—Pues a pesar de todo —dijo A. B. riéndose—, te encuentras obligado a tomar los hábitos. Adiós.

—Si estuviera en un convento, los frailes me arrojarían de él por mi espíritu inquieto.

Era ya tarde; medianoche tal vez.

Detrás de la colina se elevaba la luna, lentamente, en un cielo esplendoroso. Las sombras de los árboles alargábanse desmesuradamente.

Lerrac se hallaba solo en medio de la noche clara. No era más que un hombre vagando en la obscuridad, que de nuevo veía su espíritu asaltado por preocupaciones de crítica científica, las cuales ha hecho nuevo, asombroso, que es necesario estudiar hasta en sus más pequeños detalles. Porque en Lourdes se obtienen resultados infinitamente superiores a los conseguidos con cualquier otra terapéutica. Para curar un enfermo, para aliviar dolores, todos los medios pueden aceptarse con tal que el final sea bueno. En esto sólo cuentan los resultados prácticos. Y yo he comprobado un hecho extraordinario, de un interés práctico considerable, ya que un desecho de hospital se ha convertido en una joven de buena salud que puede perfectamente vivir su vida. Se hace, pues, preciso comprobar los hechos y, sobre todo, estudiarlos concienzudamente en vez de desdenarlos. Creo que éstas son las únicas conclusiones que pueden sacarse de nuestro milagro

—Todo lo que dices es muy instructivo. Pero la causa, ¿cuál es?

—Efectivamente, lo dicho no es todo, porque es imposible que unos fenómenos de orden natural sanen de este modo a los enfermos. En los demás sitios no se producen tales curaciones. Y es que las autosugestiones no acaban de explicarlo todo. Fuera de las piscinas o del agua de Lourdes también se han curado enfermos. Por ejemplo, Pierre de Rudder, que lo consiguió invocando sólo a la Virgen. Yo diría que ésta actúa directamente mediante un fenómeno sobrenatural. Para fíjate intentado soslayar. ¿Cómo explicar los fenómenos de Lourdes? Y ante sus ojos volvieron a reproducirse los alucinantes episodios de aquel día.

Desde el principio habíase resistido a la violenta impresión, obsesionante hasta el más alto grado, que le habían producido las escenas presenciadas. Con toda la energía de su voluntad había rechazado no sólo toda conclusión, sino también todo pensamiento susceptible de hacerle desviarse del programa que a sí mismo se había trazado: observar, registrar con la frialdad de un aparato, sin odio y sin amor.

Ciertamente le resultaba muy desagradable verse mezclado en un milagro; pero él había ido a Lourdes para ver, y había visto. Y lo mismo que en un experimento de laboratorio, no podía desvirtuar el resultado de sus observaciones. ¿Hechos científicos nuevos? O mejor dicho: ¿hechos pertenecientes al dominio de la mística y de lo sobrenatural? Estas preguntas eran de una extraordinaria gravedad, porque no se trataba de la simple adhesión a un teorema de geometría, sino de cosas tan serias que pueden hacer cambiar la orientación de la vida.

Esta era la opinión de Zola y de todos cuantos han sabido desprenderse de ese estado de espíritu que la insuficiencia de su formación general da con excesiva frecuencia a los médicos. Sus estudios profesionales han hecho que rozaran superficialmente muchos problemas de ciencia, pero la mayoría no han realizado jamás investigaciones científicas y por ello no tienen la menor idea de lo que éstas son. ¡Y se creen sabios! La falta de método seguro y la mediocridad intelectual de muchos de ellos —demasiados— les incapacitan para realizar honradamente un trabajo de crítica. La mayoría creen que en Lourdes no existe más que superchería. No se atreven a examinar la cuestión, a escuchar el consejo de Zola, de venir en multitud a este lugar donde con toda certeza se producen fenómenos del más alto interés científico: cosas nunca vistas, hechos enteramente nuevos que pueden iluminar con una luz especial la patología nerviosa y conocer el papel que desempeña el sistema nervioso, sobre lo que tan escasas noticias tenemos todavía. En dicho aspecto la pusilanimidad de los médicos es tal que quienes han visitado a Lourdes no se atreven a confesarlo.

Porque Lerrac había visto en el registro el nombre de muchos colegas y amigos suyos con quienes había hablado de estas cuestiones, los cuales fingieron no saber nada ni haber estado jamás en Lourdes, temerosos sin duda que les tildaran de clericales o de imbéciles.

Aunque a Lerrac le molestaba verse mezclado en un caso mi-

lagroso, tenía el sano orgullo de querer llegar en él hasta el fin, costara lo que costase.

Pero, ¿adónde le llevaría todo esto? Y de nuevo se alzó imperiosa ante él la necesidad de conocer la causa de aquellos asombrosos fenómenos.

“Los fenómenos naturales, las leyes de la vida, casi los ignoramos por entero. No conocemos de modo cierto más que un corto número de puntos que se destacan como una brillante fogata en medio de un oscuro océano. Bajo la influencia que ejerce la tensión de centenares de voluntades, tal vez exista una fuerza que al manifestarse produzca efectos terapéuticos sorprendentes. Antiguamente parecían milagrosos los casos de telepatía. Y el hombre primitivo que oía el estampido del trueno adoraba el poder de Dios y temía su cólera. Todos estos fenómenos, tan oscuros, ¿no podrán explicarse algún día por leyes misteriosas, de las cuales no tenemos hoy ni la menor idea? Tal vez. Pero, ¡qué cruel es no saber! Además, admitiendo que un cerebro inteligente responda a la pregunta, ¿por qué otros se curan también fuera de estas grandes manifestaciones de contagiosa exaltación, como, por ejemplo, en la quietud de una habitación, en el transcurso de una peregrinación aislada, igual que Pierre de Rudder, y J. D., y la misma Marie Ferrand, que lo fue mientras permanecía tendida en una camilla, casi sola, ante una gruta en la que únicamente llamean cientos de cirios?”

“Es perfectamente comprensible que las multitudes se precipiten a Lourdes, donde los fieles invocan a un ser misterioso en espera de que éste responda directamente a sus deseos y a sus plegarias”.

Sumido en tales pensamientos, Lerrac paseaba por la inmensa explanada que rodeada de una balaustrada se extiende ante la entrada de la basílica.

Un gran silencio y una infinita paz se elevaban de los callados campos iluminados por la luna. En el valle flotaba una ligera bruma blanca, y las colinas azuladas se alargaban en el cielo marcando la pureza de sus bellas líneas.

“En realidad —decíase Lerrac—, nada prueba que Dios exista y que la Virgen no sea más que un producto de nuestra imaginación. Me parece difícil demostrar la existencia de Dios, pero es igualmente imposible negarla. ¿Cómo puede ser entonces que ciertos espíritus (Pasteur, por ejemplo) lleguen a conciliar la fe científica con la fe religiosa? Es probable que, en definitiva, cada una de esas cosas tenga su método propio. Intentamos trasladar al terreno metafísico nuestros actos habituales y nuestras certidumbres científicas, y ya no vemos nada. Si deseamos razonar con exactitud, no debemos salirnos de la comprobación de los fenómenos y de las relaciones existentes entre ellos. Cuando se buscan las causas no se tiene ninguna certidumbre, ningún medio de saber que no nos equivocamos; por consiguiente, es posible admitir todo lo que se quiera. Yo, en un principio, fui católico sincero; después, estoico; más tarde, kantiano; y a continuación caí en el escepticismo absoluto y en el **diletantismo**. Cada vez he sido más desgraciado. El catolicismo, que por desdicha no comprendí, es lo que más me satisfacía. Mas ahora me encuentro solo en la obscuridad.

Los sistemas puramente intelectuales no existen. ¿Qué importan todas las teorías ante la vida y la muerte? Para nuestra verdadera vida, no necesitamos ciencia, sino alma y creencias”.

Lerrac paseaba a grandas zancadas por la explanada, en la que, por un momento, dejóse oír la voz del órgano.

Un guardián salió del templo haciendo resonar las losas bajo sus zapatos de suelas claveteadas.

En el interior de la basílica se elevaban incontables voces. Un grupo de peregrinos vascos llenaba la nave hasta las puertas del templo.

Lerrac se detuvo en el umbral. Necesitaba llegar a una conclusión. Indudablemente se había producido un milagro, porque un milagro era; un gran milagro. Su naturaleza, ¿cuál era?

“Lo veremos pronto —se dijo—. En principio se trata de una curación”.

Era lo único que le estaba permitido asegurar, aunque tal vez, en su pensamiento íntimo, le era imposible contentarse con ello.

Lerrac subió lentamente las gradas. Entre el deslumbramiento de las luces y el brillo de los dorados, sonaban las notas del órgano y el canto de mil voces sonoras. Lerrac tomó asiento en una silla, al lado de un campesino anciano, y permaneció inmóvil largo rato con la cabeza entre las manos, mecido por los cánticos nocturnos, mientras del fondo de su alma brotaba esta plegaria:

“Virgen santa, socorro de los desgraciados que te imploran humildemente, sálvame. Creo en Ti. Has querido responder a mi duda con un gran milagro. No lo comprendo, y dudo todavía. Pero mi gran deseo y el objeto supremo de todas mis aspiraciones es ahora creer, creer apasionada y ciegamente, sin discutir ni criticar nunca más.

Tu nombre es más bello que el sol de la mañana. Acoge al inquieto pecador que con el corazón turbado y la frente surcada por las arrugas se agita corriendo tras las quimeras. Bajo los profundos y duros consejos de mi orgullo intelectual yace, desgraciadamente ahogado todavía, un sueño, el más seductor de todos los sueños: el de creer en Ti y de amarte como te aman los monjes de alma pura”.

En la noche tranquila, Lerrac bajó lentamente por las largas avenidas y atravesó la plaza del Rosario, toda blanca bajo la claridad lechosa de la luna.

Con el espíritu aún impregnado de su plegaria, apenas advertía el delicioso frescor de la noche. Cuando volvió a encontrarse en la habitación del hotel, tuvo la impresión de que habían transcurrido muchas semanas desde que salió de ella por última vez. Sacó de su maletín una gruesa libreta de tapas verdes y se puso a anotar las últimas impresiones de aquel día. Eran las tres de la madrugada. Hacia Oriente, un blanco resplandor iluminaba la profundidad de la noche.

Por la ventana abierta penetraba el fresco venticillo. A Lerrac le pareció que la serenidad que presidía todas las cosas había des-

cendido también a su alma, inundándola de calma y de dulzura. Las preocupaciones de la vida cotidiana, las hipótesis, las teorías y las inquietudes intelectuales habían desaparecido de su mente.

Tuvo la impresión de que bajo la mano de la Virgen había alcanzado la certidumbre, y hasta creyó sentir su admirable y pacificadora dulzura; de una manera tan profunda, que, sin la menor inquietud, alejó la amenaza de un retorno a la duda.

En la inefable belleza del alba, Lerrac quedóse dormido.